

Comunicación e identidades juveniles

Crovi Druetta, Delia

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Crovi Druetta, D. (1999). Comunicación e identidades juveniles. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 44(176), 101-115. <https://doi.org/10.22201/fcyps.2448492xe.1999.176.49011>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Comercial-NoDerivatives). For more information see:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

Comunicación e identidades juveniles

DELIA CROVI DRUETTA

Resumen

El este artículo, la autora se propone abordar el tema de las identidades juveniles, con el fin de proporcionar una idea general en torno a los dilemas que actualmente presentan, por un lado, los procesos identitarios y, por el otro, el sector juvenil. Dada la versatilidad y diversidad de fenómenos que pueden establecerse entre lo juvenil y lo identitario, el análisis se centra en el vínculo que entre ellos establecen los medios de comunicación.

Abstract

In the article, the author aims to cover the topic of juvenile identities in order to provide a general idea around the dilemmas that come up today, on the one hand, the identity problems and, on the other, the youth sector. Given the versality and diversity of the phenomena that may be established between youth and identity, the analysis is centered on the bond the communication media establishes between them.

Introducción

En 1996, como parte de un intercambio epistolar organizado por la revista *Liberal* entre el cardenal Carlo María Martini y Umberto Eco a propósito de la fe y la ética, el semiólogo italiano responde a Martini, con un escrito maravilloso al que titula "Cuando entra en escena el otro." Allí, entre otras cosas, Eco dice:

También usted atribuye al laico virtuoso la convicción de que el otro está en nosotros. Pero no se trata de una vaga propensión sentimental, sino de una condición "fundadora". Como nos enseñan incluso las más laicas entre las ciencias humanas, es el otro, es su mirada, lo que nos define y forma. Nosotros [así como no conseguimos vivir sin comer o sin dormir] no con-

seguimos entender quiénes somos sin la mirada y la respuesta del otro. Incluso el que mata, estupra, roba, atropella, lo hace en momentos excepcionales, pero el resto de su vida se lo pasa mendigando de sus semejantes aprobación, amor, respeto, encomio. E incluso a los que humilla les pide el reconocimiento del miedo y de la sumisión (Eco, 1997: 105).

Rescatamos estas reflexiones de Eco, porque pensamos que atraviesan el presente artículo: la identidad en relación con el otro; la identidad y la alteridad.¹

Sabemos, sin embargo, que la riqueza de los procesos identitarios en general y en particular del sector juvenil, han llevado reiteradamente a investigadores de las ciencias sociales a abordarlos desde perspectivas diferentes. Sin embargo, es un tema que no puede considerarse cerrado, en especial, si tomamos en cuenta que, a partir de las condiciones establecidas por la sociedad de la información o posmoderna, se abre la posibilidad de efectuar no sólo nuevas lecturas e interpretaciones, sino de analizarlo desde otros ángulos y disciplinas: la comunicación por ejemplo. Por eso el objetivo de este artículo es reflexionar acerca de la influencia que ejercen los medios de comunicación en la construcción de las identidades juveniles.

Aunque presuponemos que existe una vinculación estrecha entre medios e identidad, enfrentamos serias interrogantes acerca de cómo se articula esta vinculación. No menos importantes son los problemas que plantea la diferenciación de los medios, es decir, la influencia desigual que pueden ejercer sobre los sujetos receptores la televisión, la radio, el cine, la prensa o el Internet, sólo por mencionar los más importantes en la actualidad, así como la apropiación que los jóvenes hacen de ellos separadamente y como conjunto.

Es claro que para responder de manera adecuada a estas prácticas culturales de apropiación de medios, debemos realizar investigaciones empíricas puntuales a partir de las cuales podamos ir estableciendo tendencias. Este propósito excede en mucho el objetivo de

¹ El presente artículo forma parte de una investigación mayor titulada "Identidad e intolerancia" y coordinada por la doctora Silvia Molina y Vedia. Este estudio cuenta con financiamiento de la Dirección General de Apoyo al Personal Académico, de la UNAM, DGAPA, y del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.

mi artículo, que como decíamos al comienzo, sólo busca plantear los dilemas que surgen del vínculo identidad juvenil y medios de comunicación.

Trataremos el concepto de identidad en primer término, para referirnos luego a los jóvenes y a los medios de comunicación desde una particular perspectiva teórica. La identidad juvenil y su articulación con los medios se abordará en la parte final de este artículo.

Antecedentes

A través de la historia, la construcción del concepto de identidad ha variado. Podemos afirmar junto con Soto Ramírez y Nateras Domínguez, que existen tres nociones destacadas: la primera se identifica con un concepto tradicional de identidad y se sustenta en dos pilares: interaccionismo y noción del otro. “La identidad podría ser comprendida como un simple reflejo de un yo a través de otro” (Soto y Nateras, 1997: 15).

Este reflejo se multiplica en la concepción moderna de la identidad, ya que es entendida como múltiples formas relacionales: “... se hace posible un proceso constitutivo de diversos yoes a través de diversos otros” (Soto y Nateras, 1997: 15).

Hoy en día hablar de identidad es pasar del singular al plural. En efecto, debido a las condiciones que impone la sociedad de la información en la actualidad (entre las que destaca, de manera especial, la ruptura de la noción tradicional de espacio y de tiempo), podemos decir que

La identidad puede ser entendida bajo una óptica que vaya de lo colectivo a lo hiperindividual, a través de un eje que se traslapa de lo público a lo privado o viceversa y otro eje, que se adhiera a lo restringido como única forma de contención del caos (Soto y Nateras, 1997: 16).

Esto implica participar en lo que algunos autores definen como identidades restringidas, las cuales se mueven en un continuo proceso de construcción y deconstrucción:

... el tránsito de lo colectivo a lo individual, permite series sucesivas de desplazamientos que posibilitan hablar tanto de identidad nacional como de identidades restringidas, de identidades juveniles y de identidad marginal, etcétera. Este movimiento, por llamarlo de alguna manera, es propio de aquello que va de lo plural a lo restringido y de lo indefinido a lo definido (Soto y Nateras, 1997: 16).

Volveremos más adelante sobre esta idea de desplazamiento entre lo colectivo y lo individual, de este movimiento entre lo plural y lo restringido.

Rasgos de la identidad

Para definir los términos en los cuales entenderemos a la identidad, recurriremos a tres autores que han trabajado el tema: Alberto Melucci, Gilberto Giménez y Loredana Sciolla.

Melucci afirma que, si bien el término reviste diversos significados, se pueden reconocer en él tres elementos principales: la noción de permanencia, la noción de unidad y su carácter relacional. En efecto, es la permanencia en el tiempo la que le permite a un sujeto experimentar variaciones y adaptarse al ambiente, mientras que la unidad es el elemento que le ayuda a establecer límites, vale decir, que lo hace diferenciarse de los demás. Finalmente, Melucci explica que la identidad se establece por la relación entre dos: es la capacidad de reconocerse y ser reconocido. Si recuperamos estos elementos, podemos afirmar que la identidad es resultado de la autopercepción y la heteropercepción, pero tiene continuidad en el tiempo que es donde los individuos (jóvenes en nuestro caso) recuperan su biografía o historia individual y su memoria colectiva o social.

Por su parte, Gilberto Giménez establece que el equilibrio entre estas dos dimensiones, o el movimiento que se produce entre lo colectivo y lo individual, se concreta a través de dos principios que rigen las representaciones sociales en la identidad: el de diferenciación y el de unificación identitaria. La representación de sí mismo se funda en la diferencia; estas diferencias son las que establecen el

límite que permite distinguir a un actor social de otro. No obstante, de manera simultánea opera el principio de unificación por medio del cual se cancelan las diversidades. Esto no es más que tolerancia, o sea, una ilusión, negación y disimulo de lo que es diferente. Son los actores sociales quienes seleccionan sus divergencias y su unidad (Giménez, 1992).

En concordancia con Melucci y Giménez, Loredana Sciolla menciona tres dimensiones relevantes de la identidad: la locativa, la selectiva y la integradora. La locativa sitúa al individuo en un campo simbólico, a la vez que le permite definir su situación y trazar fronteras. La selectiva es la dimensión según la cual el sujeto da un orden de preferencias dentro de los límites y al sistema de preferencias que él mismo ha establecido. Finalmente, es a través de la dimensión integradora que el individuo vincula pasado y presente, con lo que logra dar continuidad al ser identitario.

Los aportes que estos autores realizan al estudio de la identidad, contienen coincidencias significativas que nos permiten, si no expresar una definición, sí establecer sus rasgos más significativos. En principio destacamos la noción de permanencia o integración, que nos remite a la *historia* como un valor destacado en los procesos identitarios. Esto quiere decir que, aun cuando aceptamos plenamente la idea de una identidad dinámica, cambiante, ésta se reconstruye a través del tiempo aunque siempre dentro de una perspectiva histórica tanto en lo individual como en lo social. La dimensión histórica es también la que, a la manera piagetiana, permite consolidar procesos de adaptación, asimilación y cambio.² Los cambios identitarios encierran, en buena medida, la posibilidad de ejercer la tolerancia o la intolerancia ante determinadas situaciones, personas o hechos.

Asimismo, los tres autores coinciden con la idea de frontera: unidad para Melucci, diferenciación para Giménez y locativa para Sciolla. A la historia, podemos entonces agregar la noción de *frontera simbólica* en el concepto de identidad que estamos construyendo.

² En este escrito no abordaremos directamente tolerancia e intolerancia. Sin embargo, vale la pena destacar que es en estos procesos de adaptación al cambio donde pueden surgir actitudes en ambos sentidos. Del mismo modo, la unidad de la que habla Melucci, la unificación según Giménez o la integración de Sciolla, presentan un ámbito idóneo para desplegar actitudes de tolerancia o intolerancia.

do. Como en los Estados nación, la frontera establece no sólo límites geográficos sino culturales, políticos y, desde luego, marca una diferenciación.

“La frontera es doble, ambigua; a veces es un puente para encontrar el otro lado, a veces una barrera para rechazarlo, para situar a todos los demás de la otra parte”, afirma Claudio Magris al referirse a las fronteras nacionales. Esto que el filósofo italiano expresara para referirse a los países, encaja a la perfección con la noción de campo simbólico que cada individuo establece no sólo para diferenciarse de los demás, sino para reconocerse y ser reconocido.

A nuestro juicio, esta noción de frontera dentro del concepto de identidad no debe ser pensada sólo en términos de proximidad. Como en las fronteras nacionales, los límites pueden ser arbitrarios, impuestos por razones históricas, económicas, ideológicas, generacionales (la juventud, por ejemplo) o genéricas, por sólo mencionar algunas de las causas que tienden a establecerlos. Desde nuestra perspectiva, la proximidad no siempre garantiza una *relación fronteriza*, además es necesario que se establezca una interacción, o sea, que haya relación entre los sujetos que están dentro de un mismo campo simbólico. En efecto, si pensamos este carácter relacional en términos de juventud, nos queda claro que no basta con ser joven para establecer una relación con otros jóvenes. Tenemos entonces que el *carácter relacional*, sumado a la historia y a la noción de frontera simbólica, es otro de los rasgos de la identidad.

La frontera cultural suele ser imprecisa, aunque al mismo tiempo compleja. Las interrelaciones que se establecen entre dos estados de origen cultural diferente procrean líneas divisorias nítidas en algunos aspectos, confusas en otros y mezcladas o híbridas en algunas más. Vale decir que el juego de elementos que establece una frontera cultural es variado y complejo, lo cual hace que tengamos que hablar de una franja, más que de una línea divisoria y también de grados dentro de esa frontera. Hay puntos de la misma en los que las interacciones son continuas, intensas y conflictivas por lo tanto contradictorias. Otros puntos en cambio, son menos tensos, están menos atravesados por los choques inevitables de dos culturas vivas que interactúan (Crovi, Robina, Toussaint, 1992: 9).

El carácter relacional de la identidad está presente en los intercambios culturales trasfronterizos, del mismo modo que lo está en los intercambios individuales. En este plano no estamos hablando sólo de espacios geográficos, sino también de intercambios culturales, de preferencias personales que entran en coalición con las de los otros, de reconocerse y ser reconocido como individuo, a veces perteneciente a determinado grupo.³

En este marco no sólo aparece el carácter relacional descrito por Melucci a propósito de la identidad, sino la unificación de la que habla Giménez o la dimensión selectiva que propone Sciolla. Son los sujetos sociales (los jóvenes para este análisis) quienes establecen un orden de preferencias dentro de su campo simbólico, pero también son ellos quienes cancelan las divergencias y establecen un principio de unidad, que sin duda está marcado por la tolerancia. En sentido opuesto, pueden avivar la llama de las diferencias, acentuar las divergencias y manifestar su intolerancia.

La *historia*, la *frontera o campo simbólico*, y el *carácter relacional* en el cual se cancelan diferencias o se les manifiesta (tolerancia e intolerancia), son entonces para nosotros, los rasgos constitutivos de la identidad, mismos que se dan tanto en lo individual como en lo colectivo, lo plural o restringido, lo indefinido o definido. Es en el movimiento entre los dos extremos de estos ejes donde ubicamos la acción de los medios de comunicación. Aunque aceptamos que existen otros elementos que articulan estas dos dimensiones contrapuestas, como ya dijimos, en estas reflexiones nos interesa revisar exclusivamente el papel de los medios.

Pero la identidad no estática, por el contrario, es variable, cambia, experimenta mutaciones. Gilberto Giménez sostiene que los cambios en la identidad se dan por dos caminos: transformación o mutación. Mientras el primero se da mediante un proceso gradual y continuo que deja lugar a la adaptación, el segundo supone una alteración cualitativa ya sea por asimilación o por diferenciación. En la asimilación distingue la amalgamación (cuando grupos diferentes

³ Cabe aclarar que en ocasiones la noción de territorio adquiere un peso determinante en la conformación de una identidad, o dicho de otro modo, se ubica en un lugar de privilegio dentro del orden de prioridades que se establece en el campo simbólico. Las bandas son un buen ejemplo de esto. Sin embargo, a nuestro juicio, en el caso de las bandas, la importancia de la noción de territorio proviene de su destacada valoración simbólica.

se unen para formar una nueva identidad) de la incorporación (proceso que implica la absorción de un grupo por otro). En cuanto a la diferenciación, el autor sostiene que también puede darse por dos caminos: proliferación (un grupo da vida a dos o más grupos con identidades nuevas) y división (escisión de un grupo con rasgos identitarios comunes). Estos señalamientos acerca de las posibilidades que presenta el proceso de cambio en las identidades, serán útiles más adelante cuando hablemos de los jóvenes.

Los jóvenes

Numerosos trabajos hablan de las divergencias que existen al interior del conglomerado social que llamamos juventud. En efecto, los jóvenes se perciben a sí mismos de manera diferente. Luis Leñero Otero realizó en 1992 un estudio sobre esto del que extraemos datos significativos, expresados por los propios jóvenes: 84 por ciento piensa que la juventud es una etapa para disfrutar de la vida; 65 por ciento la identifica como un periodo de lucha contra los adultos; 69 por ciento considera que es una etapa crítica de la vida colectiva, así como un periodo de dudas y temores; finalmente, 89 por ciento afirma que es la etapa en la cual se tiene que aprender por sí mismo, y no tanto por lo que enseñan los adultos.

Estas percepciones diferentes sobre lo que es la juventud dejan ver que la frontera etaria no es suficiente para construir un marco simbólico común. La juventud como concepto está integrada por cosmovisiones diferentes, por lo tanto tenemos que hablar de identidades, en plural, hacia dentro del conglomerado que definimos como juventud. Al mismo tiempo, sabemos que desde afuera existe una caracterización de lo juvenil.

Ser joven es rebelarse, es disfrutar, es aprender y es también un camino hacia la edad adulta. Son las virtudes y también los defectos de la juventud. Junto con la posibilidad de cambio, de creación y de renovación, las generaciones de adultos tienden a ver en los jóvenes algo así como “un mal pasajero”, un estado que se irá perfeccionando conforme se llega la edad adulta. Desde afuera, los adultos en general encuentran a los jóvenes mucho menos responsables, con valores menos definidos que los suyos, con modas en

el vestir, en la música y en sus prácticas sociales que merecen ser reprobados.

Al referirse a las culturas juveniles el investigador catalán Carles Feixa afirma que “son modos de vida y valores que los jóvenes crean en respuesta a sus condiciones materiales de existencia”. Para Feixa las culturas juveniles se construyen a partir de dos influencias: la cultura hegemónica —que el autor identifica con el trabajo, la escuela y el Estado, entre otros factores— y la cultura parental, producto de la familia, amigos y vecinos. Estas dos raíces están expuestas a condicionamientos sociales: su propia generación, el género, la clase social, las etnias y los territorios. Los jóvenes, dice, “construyen su identidad social y personal, creando su propio estilo [en el lenguaje, la estética, la música, el arte, etcétera] que despliegan sobre todo en su tiempo libre” (Crovi, 1997: 45 y 46).

Creemos que dentro de la cultura hegemónica los medios de comunicación juegan un papel fundamental, pero su influencia llega incluso al ámbito familiar. Si a los jóvenes de finales de siglo les ha tocado nacer y crecer en medio de una crisis económica que determina su forma de ser, también han sido partícipes del desarrollo tecnológico que ha dado lugar a nuevos paradigmas, formas inéditas de relación social, tanto en el trabajo como en su tiempo libre y en sus afectos. Son jóvenes inquietos por un futuro incierto que les angustia, lo que les ha llevado a ser escépticos, apáticos e incluso, vistos desde afuera, poco comprometidos con su entorno. Para algunos son la llamada generación X.⁴

Pero la cultura es “... el conjunto de significados que constituye la identidad y las alteridades en un grupo humano. La cultura es la visión del mundo y de la vida a partir de lo cual los hombres dan sentido a su quehacer y definen su lugar en la historia” (Giménez, en Crovi, 1997: 44). Por ello creemos que cada generación es di-

⁴ La generación X no sólo es considerada apática o poco comprometida con su entorno, es también la generación caracterizada por el uso de nuevas tecnologías. Mientras algunos jóvenes se sienten “cómodos” con esta definición, otros se sienten devaluados por ella, ya que afirman que su comportamiento es producto del momento histórico que les toca vivir. Consideran incluso que su apatía o escepticismo es una forma de resistencia.

ferente a las demás y que por lo tanto, la construcción de la identidad juvenil depende de la historia (personal y social), de las fronteras simbólicas y también del tipo de relaciones que se establecen.

En las identidades juveniles debemos distinguir entonces, un *afuera* desde donde los adultos construyen el estereotipo de juventud de fin de siglo; de un *adentro*, que es el ámbito donde colocamos a la cultura de los jóvenes con las diferencias, las condicionantes y los significados que dan sentido a su historia personal.

Los medios, monitores de la realidad

En los años setenta nos acostumbramos a pensar que los mensajes de los medios influían en nosotros de manera determinante, tanto que se llegó a sostener que nos indicaban qué pensar y cómo actuar. Hoy debemos entenderlos (sobre todo a los de carácter masivo: prensa, radio, cine) como auténticos monitores de la realidad. A través de sus agendas, los medios canalizan el poder de algunas personas, empresas o instituciones, para intervenir en el curso de la historia y lo hacen de manera directa como protagonistas (declaraciones o discursos, por ejemplo) o indirecta, por medio de encuestas o sondeos de opinión. Estos programas, vale la pena aclararlo, incluyen no sólo a la información, involucran también los mensajes de entretenimiento y a los educativos o culturales.

Como consecuencia de la acción de los medios, los receptores tienden a incluir o excluir de su conocimiento personal lo que los medios incluyen o excluyen en sus mensajes. El público enfatiza, ignora, descuida, olvida o privilegia determinados elementos de los escenarios públicos a partir de las agendas mediáticas. De este modo, la jerarquización de los acontecimientos sociales que realizan los individuos está directamente determinada por los medios y sus contenidos. Esta hipótesis, que se inserta en una teoría general de la mediación simbólica, afirma que aun cuando los medios no nos dicen qué debemos pensar o hacer, sí nos indican aquello acerca de lo cual debemos pensar.

Lo anterior plantea una continuidad cognoscitiva, ya que existe un impacto directo de los medios sobre sus receptores, tanto por los

temas tratados como por la jerarquía que se les otorga. Aun cuando esta influencia no es inmediata, se produce por acumulación en el tiempo.

Por otra parte, existen distorsiones que los receptores hacen suyas y absorben, que tienen lugar en la producción de los discursos de los medios, en la selección de los criterios de importancia de las noticias, en la organización de los conocimientos y en la circulación de los mensajes. Estos postulados no se refieren a la simple elaboración de un orden del día, con temas y problemas, sino de la eficacia que tienen los medios en la construcción de esa imagen de la realidad que los individuos van estructurando. Dicha imagen es una representación de todos los contenidos recibidos por los receptores, organizada, tratada y almacenada por ellos mismos y con la cual van comparando la nueva para darle significado.

Desde esta perspectiva teórica podemos afirmar que los medios poseen una gran eficacia para construir imágenes de la realidad, pues los individuos tienden a aceptar las agendas propuestas por ellos, con sus tematizaciones, jerarquizaciones, distorsiones en la evolución de producción y estructuras significativas. Este proceso es acumulativo, con continuidad cognoscitiva, lo cual hace intervenir una dimensión subjetiva en la que los receptores incorporan sus historias personales y articulan sus propias agendas.

Como podemos observar, esta función de articulación que ejercen los medios entre lo subjetivo y lo colectivo, nos remite al movimiento de lo plural a lo restringido; de lo indefinido a lo definido, o si preferimos, a la constante construcción-deconstrucción de la identidad de la que comentábamos al principio.

Hablar del movimiento que despliegan los medios, nos lleva a reflexionar acerca de las nuevas tecnologías de información y comunicación, como uno de los elementos fundamentales del tránsito entre modernidad y posmodernidad. Es frecuente que se trate de encerrar la idea de posmodernidad entre los estrechos márgenes de los avances tecnológicos. Si bien es cierto que en buena medida la génesis de la sociedad posmoderna o de la información está en esos adelantos, creemos que ésta debe ser entendida como una transformación de la cultura y la mentalidad del hombre actual. En este sentido, las nuevas tecnologías adquieren un lugar destacado en la construcción de la identidad juvenil, sobre todo si tomamos en cuenta que

este sector social, junto con el de los niños, es donde su apropiación se produce de manera más sencilla y natural.

Vattimo sostiene que hoy en día el mercado exige que todo se convierta de algún modo en comunicación.⁵ De él nos interesa rescatar el paradigmático concepto de transparencia y extrañamiento social:

Esta multiplicación vertiginosa de la comunicación, este “tomar la palabra” por parte de un creciente número de subculturas, constituye el efecto más evidente de los mass media, siendo, a la vez, el hecho que determina [en interconexión con el fin del imperialismo europeo, o al menos con su transformación radical] el tránsito de nuestra sociedad a la posmodernidad (Vattimo, 1996: 80).

Para este autor, tal transparencia social no implica una sociedad más visible sino más compleja, donde voces que antes no se dejaban oír tienen la posibilidad de hacerlo a partir de los nuevos medios: se emancipan, producen lo que él llama *extrañamiento*, o sea, expresan múltiples racionalidades. Según Vattimo, es la posibilidad de liberar las diferencias, lo que no implica eliminar las reglas.

¿Por qué el interés particular en estas reflexiones sobre la noción de extrañamiento de Vattimo? Porque las voces de los jóvenes están, a nuestro juicio, entre las que se liberan expresando sus propias y múltiples racionalidades. La explosión de la comunicación que multiplicó los medios, cambió las formas de producción de mensajes y estableció redes complejas de información, ha producido rupturas que modifican no sólo la relación de los jóvenes con su entorno tecnológico, sino que configuran nuevos paradigmas entre los que se encuentra el comunicativo.

Frente a estas rupturas encontramos expresiones pesimistas como la de Jean Baudrillard, quien escribe: “Si la información es el lugar del crimen perfecto contra la realidad, la comunicación es el lugar del crimen perfecto contra la alteridad” (Baudrillard, 1996: 149); pero también en el optimismo exagerado de Nicolás Negro-

⁵ Recordemos que en sentido contrario a Vattimo, otros autores ven en los modelos teóricos del posmodernismo un esquema que hace inviable la comprensión de la realidad, debido a que se niega la posibilidad de tener acceso a ella.

ponte: "El límite entre trabajo y juego se irá diluyendo, la línea definida entre placer y obligación se irá borrando, todo esto gracias a un denominador común: la digitalización" (Negroponte, 1995: 239).

La tecnología, lo sabemos, forma parte de nuestras vidas y más allá de sus detractores o defensores está su inevitable presencia. Por lo tanto, está inmersa en nuestra historia personal y social, forma parte (en mayor o menor grado) de nuestro universo simbólico y en fechas más recientes, ha modificado las relaciones interpersonales. Por ello está vinculada estrechamente con la construcción de la identidad. Así, junto con las rupturas que parecen amenazar a los procesos identitarios, podemos encontrar continuidades que son las que, en definitiva, permiten construirlos: otra vez la construcción-deconstrucción de identidades.

A manera de conclusión

Quizá porque las identidades de fin de siglo son diferentes a las que se construían en épocas anteriores, cuando había más estabilidad, y el poder y la autoridad emanaban de un solo núcleo, resulta tan importante ahora analizar cómo la globalización ofrece al joven posmoderno un contexto de homogeneidad y diferenciación en el que se produce una crisis de identidad y al mismo tiempo, se desarrolla una lucha por reconquistarla.

Para algunos, este proceso de globalización, en especial el uso de las nuevas tecnologías de comunicación, así como los mensajes de los medios tradicionales, pone en peligro a las identidades fuertes como las nacionales o las comunitarias. Pero los jóvenes no pueden evitar este proceso y el riesgo que implica, porque es parte de su historia.

Entre las fronteras físicas que se derrumban, la noción de tiempo que cambia, el poder político que se transforma y las prácticas culturales que se modifican, parece que lo único que se conserva es un campo simbólico que puede ser tan amplio o tan restringido como el sujeto quiera. Este campo simbólico es, sin duda, diferente de los anteriores, propio de su tiempo, pero es también un referente imprescindible para construir y deconstruir las identidades. Las pre-

guntas, difíciles de contestar, giran en torno al movimiento: ¿cómo se mueven los jóvenes entre global y local, plural y restringido, indefinido y definido, individual y colectivo? O dicho en otros términos: ¿cómo pasan los jóvenes de las identidades fuertes a las restringidas?

La historia, las fronteras simbólicas y su carácter relacional no son sólo rasgos de la identidad, sino también elementos a partir de los cuales los medios se articulan con los jóvenes en un movimiento determinante para el proceso de construcción de sus identidades. Estos elementos le permiten a la comunicación actuar desde las dos raíces que reconocemos en las identidades juveniles: la cultura hegemónica y la familiar. En efecto, la capacidad de los medios para establecer agendas en las que manipulan hechos y personajes, así como para incorporar distorsiones (involuntarias o no) o canalizar el poder con el propósito de cambiar el curso de la historia, atraviesa la construcción que los adultos hacen sobre la juventud, tanto como la identidad que ellos mismos se construyen, y desde luego, está presente en el movimiento que realizan en sus campos simbólicos.

Se ha dicho que el efecto de los medios, sobre todo de los más recientes, puede notarse en tres niveles: 1) alteran la estructura de intereses (al indicarnos los temas sobre los cuales pensamos); 2) cambian el carácter de los símbolos (que es, por así decirlo, la materia prima de nuestro pensamiento y expresión) y 3) modifican la naturaleza de la comunidad (al establecer nuevas relaciones sociales, ámbito donde se desarrolla el pensamiento).

Si esto es cierto, como efectivamente creemos, la construcción de las identidades juveniles es un proceso que experimenta cambios, los cuales deben ser estudiados desde otras perspectivas y con otros instrumentos metodológicos. Por ejemplo, debemos saber más acerca de los efectos de los medios y la dinámica de los campos simbólicos que permite a los jóvenes vivir su vida como hipertexto: abriendo y cerrando enlaces asociados, ventanas, elementos colaterales que reconstruyen permanentemente sus identidades.

Aunque son los propios actores sociales quienes seleccionan sus divergencias y su unidad, no podemos dejar de reconocer que en buena medida esta selección está predeterminada por los medios y sus efectos. Para los jóvenes de fin de siglo buscar su "estilo" es diferenciarse; es el inicio de un proceso de extrañamiento que les per-

mite expresarse y construir identidades restringidas. Es, en suma, buscar la diferencia en la homogeneidad.

Bibliografía

- Baudrillard, Jean, *El crimen perfecto*, Barcelona, Anagrama (Argumentos), 1996.
- Crovi Druetta, Delia María, "Televisión y procesos identitarios", *Comunicación y sociedad*, núm. 20, Centro de Estudios de la Información y la Comunicación de la Universidad de Guadalajara, enero-abril de 1994, pp. 67-78.
- Crovi Druetta, Delia María *et al.*, *La televisión en la frontera norte de México*, México, Convenio CONACULTA-ILET, Informe final de contrato DJ-0630-92, 1992.
- , *Ser joven a fin de siglo. Influencia de la televisión en las opiniones políticas de los jóvenes*, México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM, 1997.
- Eco, Umberto, *Cinco escritos morales*, España, Lumen, 1998.
- Gallissot, René (s/f), "Bajo la identidad. El proceso de identificación", (s/d).
- Giménez, Gilberto (s/f), "La identidad social o el retorno del sujeto en sociología", (mimeo), (s/d).
- Melucci, Alberto, *L'invenzione del presente*, Bolonia, Il Mulino, 1982.
- Morin, Edgar, *La methode. 2. La vie de la vie*, París, Seuil, 1980.
- Negroponte, Nicolás, *Ser digital*, Buenos Aires, Atlántida-Océano, 1995.
- Soto Ramírez, Juan y Alfredo Nateras Domínguez, "Dilemas contemporáneos de la identidad y lo juvenil. Territorialidad, modernidad y cultura", *Jóvenes*, cuarta época, año 1, núm. 4, México, abril-junio de 1978, pp. 12-29.
- Vattimo, Gianni, *La sociedad transparente*, Buenos Aires, Paidós, 1996.